

MIRET MAGDALENA

EL PAPA SIGUE SIENDO MONTINI He afirmado, en mi anterior artículo, que no pueden hacerse ilusiones los católicos conservadores de que Pablo VI haya cambiado, volviéndose lo que no ha sido nunca: un retrógrado.

El discurso que el día 24 se ha hecho público corrobora mi tesis para advertencia de quienes hacían equivocadas cábalas sobre una pretendida conversión al conservadurismo religioso y humano del Montini arzobispo al Montini Papa.

No hay nada de ello, sino todo lo contrario. Porque no ha escatimado sus claras aunque diplomáticas palabras a todos, haciendo —como era natural— una delicada distinción entre la situación de Asia, África y Oriente Medio, por un lado, y la de otros países, como el nuestro, por otro.

A la O.N.U. le dijo valientemente hace unos años: No a la guerra. A los países de tradición católica —y opinamos con el periódico «Ya» que también a España en alguna manera— les dice hoy: «Son motivo de aprensión para nuestro corazón de padre y pastor las tensiones que, por un complejo de circunstancias, se van agudizando en algunos países. No es extraño a tales tensiones, según pensamos Nos, el retraso en el reconocimiento de legítimas aspiraciones de la persona humana, como la libertad y la justicia, maduradas en la conciencia contemporánea y capaces de crear un ambiente de serena y laboriosa colaboración entre las clases sociales. Nos formulamos ardientes votos con el fin de que, sobre todo en los países de antigua y arraigada tradición cristiana, los responsables de los asuntos públicos se sientan animados a poner los medios a su alcance para reforzar aquellas razonables aspiraciones y asegurar a sus pueblos un tranquilo y a la vez dinámico existir social».

Es la misma resonancia, inquieta y preocupada, que tenía Juan XXIII por los países de evidentes tradiciones católicas que, demasiado afincados y satisfechos en sus costumbres religioso-folkloricas frecuentemente rutinarias, se creen —como muchos de nosotros los españoles— el centro religioso del cristianismo.

«Es cosa manifiesta que en las naciones de antigua tradición cristiana las instituciones de orden temporal florecen actualmente con el progreso científico y técnico, y abundan en medios aptos para la realización de cualquier proyecto; pero con frecuencia se caracterizan por la pobreza de fermentos y de acentos cristianos» («Pacem in Terris»).

El estandarte, la procesión, la insignia o el título —según el Papa Juan— no son suficientes para calificar a una institución o estructura de católica.

Veía Juan XXIII una inconsecuencia entre la vida privada, de indudable buena fe, de muchos responsables católicos y «la falta de coherencia entre la actividad de contenido temporal y la fe. Porque demasiados siglos han pasado de evasiónismo religioso, de prédica del cielo y de olvido de la tierra, a la cual se la calificaba —por causa, sobre todo, de la incuria de los cristianos responsables— de «valle de lágrimas».

De ahí que la resignación, el «statu quo» social y la pequeña reforma de la sociedad, o de la empresa, eran las únicas metas de los católicos, incluso —esta última— era la sola que tenían muchos que se llamaban católicos sociales.

El Papa Montini —auténticamente Montini— se muestra ahora inquieto por nuestro país y su futuro, y lo dice sin eufemismos, aunque con delicadeza.

El balance de 1968 fue, entre nosotros, un balance de tensiones y crisis en el plano religioso, con variadas implicaciones en la sociedad, incidiendo en parte de los problemas temporales (económicos, sociales, culturales y cívicos) de nuestra nación. La mayor participación popular, un sindicalismo más libre y representativo, la amplia libertad de asociación para fines cí-

vicos, la liberalización creciente de prensa y publicaciones, la independencia de Iglesia y Estado, son algunos de los problemas que preocupan a todos los católicos —excluidos sólo los más conservadores—, sean progresivos o moderados, pero inquietos por la realización cada vez más perfecta de las peticiones del Concilio Vaticano II, en orden a una mayor justicia y libertad social, como pide el Papa actualmente.

Se dirige el Papa a continuación, con «paternal afecto», a España, y especialmente a sus «venerados» hermanos en el orden episcopal, y a los sacerdotes «especialmente queridos» por él.

«Afecto» a España en general, «veneración» a los Obispos y cariño «especialmente» a los sacerdotes, sin olvidarse —ni mucho menos— de la juventud y del mundo obrero. Y hasta ha tenido un recuerdo para el problema —todavía sin resolver— del nombramiento de nuevos Obispos, según los deseos de mayor independencia de lo temporal que tenía el Concilio.

Tres matices importantes —al hablar a los españoles— de los que es oportuno sacar consecuencias bien diferentes de las que son usuales en algunos eclesiásticos conservadores; matices realmente significativos que serán objeto de meditación para todos.

Habla después de las «reacciones» que han sido más o menos frecuentes en diversos sacerdotes, jóvenes sobre todo, y pide para ellos «indulgentes comprensión» por parte de sus Obispos, y no repulsa, condenación tajante ni simple resignación impotente ante tales actitudes. Pide —opino yo— que los Obispos no se sientan ofendidos o abrumados, sino que —ante este nuevo sentir sacerdotal o seglar— «realicen... una incansable acción de paz y distensión».

No hay que olvidar que «el reino de Dios» no tiene sólo una dimensión de evasión hacia el cielo, sino que debe ser consolidado «en todas sus dimensiones», tan claramente recordadas por el Concilio; dimensiones múltiples que inciden también en la sociedad temporal.

En vez de reafirmar su autoritarismo, recuerda a los pastores religiosos la obligación de «la presencia activa... en medio del pueblo»; sin apartarse o desentenderse de sus nuevas inquietudes humanas y religiosas, manifestadas claramente tras el Vaticano II. Porque el pastor religioso debe actuar como hizo San Pedro: ayudando a los creyentes y comprendiéndoles, y «no como dominadores que hacen pesar su autoridad sobre la porción de fieles que les ha correspondido en suerte, sino sirviendo de ejemplo al rebaño» (Carta 1.^a de San Pedro; V, 3).

Pablo VI, luchador por la paz, es natural que pida para nuestro país «un ordenado y pacífico progreso», pero exige también «una inteligente valentía en la promoción de la justicia social». No una valentía ineficaz, ingenua y poco perspicaz; ni tampoco palabrería vana sin esfuerzo real de aplicación.

Yo invitaría a mis lectores a una reposada y serena lectura —exenta de todo prejuicio personal— de las palabras del Papa, cuya mejor exégesis sería esta reflexión sencilla y espontánea sin sutilezas.

Palabras de orientación del dirigente espiritual del catolicismo que, sin embargo, todos —absolutamente todos—, católicos y no católicos, conservadores y progresivos, podemos —y debemos— aceptar plenamente sin eufemismos ni confusión. Porque el Papa no hace desde su universal atalaya —ni puede hacer— política de grupo; pero es su obligación dar orientaciones morales político-sociales o social-religiosas, que todos debíamos seguir sin apelar, como se hace frecuentemente para no seguirlos, a la parcial información del Papa, que esta vez es más exhaustiva que nunca.

Pablo VI, como buen cristiano que es, ha predicado esta vez —como pedía San Pablo— «oportuna e importunamente». Oportunamente para los inquietos, e importunamente para los cómodamente establecidos.